

aceptar su candidatura como Gobernador Constitucional, lo que motivó que fuera acusado ante la Cámara Federal por violación al precepto constitucional sobre no-reelección que acababa de promulgarse.

Todas esas agitaciones locales, que habría sido muy fácil conjurar, si al frente del Ministerio de Gobernación hubiera habido un político medianamente hábil, se transformaban, merced a la pésima gestión que se hacía, pues el señor González estaba en peores condiciones que el Presidente de la República, para resolverlas, en conflictos gravísimos que debilitaban día a día al Gobierno, que había comenzado con la simpatía general, y a los dos meses se encontraba casi aislado. El Presidente, hombre recto y de corazón, echaba a perder sus mejores ideas, por su falta de preparación para la vida pública: se exaltaba en cuanto se le contradecía en lo más mínimo, y si bien procuraba no demostrar su disgusto, sus nervios lo traicionaban; y se tornaba de afable hasta la familiaridad, en la mayor parte de los casos, en terco y hasta impertinente, a veces.



CAPITULO XXVII.

"EL CEREBRO DE LA REVOLUCION"

La salida del licenciado Vázquez Gómez del Ministerio de Gobernación, el 2 de Agosto de 1911, fué la señal del rompimiento entre los hermanos Vázquez Gómez y el Partido Constitucional Progresista, o lo que era lo mismo, con don Gustavo A. Madero, el alma de dicho Partido. Don Gustavo Madero comprendió lo difícil que sería el Gobierno para su hermano si el doctor don Francisco Vázquez Gómez, con su carácter dominante, era electo Vicepresidente de la República y trabajó con ahínco porque la Convención del Partido Constitucional Progresista designara otro candidato para el puesto. Por su parte, el doctor Vázquez Gómez y sus amigos, entre los que figuraba principalmente el licenciado don Luis Cabrera, antiguo reyista, trabajaron también con gran empeño por obtener el triunfo en la Convención. Por fin ésta se reunió en la ciudad de México, en el Teatro Hidalgo, y designó, después de una lucha desesperada, al licenciado don José María Pino Suárez, candidato de don Gustavo A. Madero para el puesto de Vicepresidente de la República.

Tal designación, que hería de muerte las ambiciones del doctor Vázquez Gómez, le hizo romper por completo con sus antiguos amigos. El, que se hacía llamar "el ce-

rebro de la revolución" (1) juzgaba que a él y nada más que a él correspondía el Poder. Probablemente creía que bajo el título de Vicepresidente, iba a ser quien realmente gobernara al País, y al perder el puesto, juzgó que sus ambiciones sufrían rudísimo golpe..

Desde ese momento comenzó el doctor Vázquez Gómez a intrigar contra el señor Madero y su gobierno, y no se dió punto de reposo, llegando hasta tener una inteligencia momentánea con los partidarios de don Félix Díaz y con los de don Bernardo Reyes, que también conspiraban contra el señor Madero, y a quienes el señor Vázquez Gómez, cuando estaba en el Poder, había considerado sus capitales enemigos.

Don Emilio Vázquez Gómez había dejado magnífica impresión entre los revolucionarios, y gente poco afectada al orden, por las dádivas que había hecho, siendo Ministro, así es, que, fácilmente, pudo el doctor Vázquez Gómez formarse un grupo de adeptos, que veían en él no sólo el cerebro de la revolución, sino principalmente el hombre que colmaría todos sus apetitos de dinero y de poder.

El Gobierno interino no había cesado de derrochar dinero, no obstante la salida del licenciado Vázquez Gómez del Ministerio, pues señalado el camino, difícil era retroceder. Para ello habría sido necesario que el Ministro de Gobernación, en cuyas manos estaban las órdenes firmadas por el Ministro de la Guerra, fuera, no sólo un hombre de carácter, sino de inteligencia; político sagaz y que conociera bien a los hombres, para distinguir al de verdadera influencia a quien era necesari-

(1)—El licenciado Luis Cabrera, en la Convención verificada en el Teatro Hidalgo, defendiendo la candidatura del doctor Vázquez Gómez para la Vicepresidencia, fué quien le dió este título.

rio considerar, y al aventurero a quien había que despedir sin miramientos de ninguna especie. El señor García Granados era hombre de carácter, pero le faltaban las otras cualidades para el puesto, y no tardó a su vez en buscarse tal número de dificultades, que fué preciso dejara el Ministerio, el 27 de Octubre del mismo año—1911—en que después de acalorado debate, la Cámara interpeló a los Ministros de Gobernación y Guerra sobre la situación en el Estado de Morelos. El Presidente envió al Ministro de Gobernación y al General González Salas para que informaran a la Cámara, siendo muy mal recibidos. Al día siguiente, fué el señor Calero, Ministro de Justicia, para dar mayores explicaciones; pero la opinión pública era tan hostil al Gabinete, y la pugna entre el Partido Constitucional Progresista y los Ministros tan grande, que tuvieron que renunciar los señores García Granados, Vázquez Gómez y General González Salas.

Otro cambio se había efectuado en el Ministerio a poco de haber empezado a funcionar, y fué la permuta que hicieron el 3 de Julio de 1911, los Ministros de Fomento y Justicia, pasando el señor Calero a desempeñar la Cartera de Justicia y el señor Hernández la de Fomento.

Desde que el señor Hernández fué designado para el Ministerio de Justicia, se comprendió que tendría que dejar el puesto bien pronto porque no tenía condiciones para desempeñarlo. Abogado que había litigado poco ante los tribunales, ni conocía el personal, ni las necesidades del ramo. Sin afición a los estudios profesionales pues ella lo lleva a otra clase de estudios, tampoco podía abordar la reforma de la Legislación, así es que se limitaba su gestión al nombramiento de emplea-

dos y funcionarios, y en tales nombramientos encontraba siempre grandes obstáculos, pues tanto el Presidente interino, como el señor Madero y los señores Vázquez Gómez, tenían recomendados, y no era posible complacer a todos. En esto el Ministro de Gobernación les llevaba la ventaja, pues conocía muy bien el personal y estaba familiarizado con los procedimientos.

Por su parte el señor Calero, que como he dicho, era el más inteligente de los que formaban el nuevo gobierno, no estaba a su gusto en el Ministerio de Fomento, pues no podía emprender las reformas que la revolución había ofrecido, porque eran sencillamente imposibles, ni podía iniciar las que él ideaba, porque el Presidente interino tenía miedo a cualquiera innovación. No estando contentos los dos Ministros en sus respectivas Carteras, y no queriendo ninguno de los dos salir del Ministerio, facilísimo fué a ambos entenderse y hacer la permuta, que permitió al señor Calero dedicarse a hacerse aparecer a los ojos del futuro Presidente, como el conocedor de los grandes problemas que podían presentarse al nuevo gobierno. Así preparaba su candidatura para el Ministerio de Relaciones Exteriores, que en un caso dado, podía ser el escalón para llegar a la Presidencia de la República. ¿No estaba de Presidente interino el señor de la Barra, únicamente por haber tenido la suerte de ser el Ministro de Relaciones Exteriores en el momento de presentarse el conflicto, que había dado por resultado la salida de don Porfirio Díaz de la Presidencia de la República? El señor Calero, por otra parte, tenía dotes muy superiores en inteligencia y conocimientos de las cosas públicas, al Presidente interino, así es que lo que había sido factible para el señor de la Barra, no

era sólo posible, sino hasta fácil para el señor Calero. Al menos así lo juzgaba él.

El señor General Rascón, que como he dicho, es un hombre honorable y jefe pundonoroso, creyó que no debía dejar sin castigo a los oficiales del Regimiento de Artillería, que en Tacubaya habían conspirado contra el Gobierno del General Díaz, y los que, comprendidos en la ley de amnistía, votada por el Congreso, habían quedado impunes. Como medida de moralidad, ordenó la baja de todos ellos, por indignos de pertenecer al Ejército. La medida, digna de elogio por todos conceptos, no fué apreciada, como era debido, ni por el señor don Francisco I. Madero, ni por los revolucionarios, e hicieron que el Presidente Interino la revocara; pero el General Rascón, antes de retirar la orden que había dado, prefirió presentar su renuncia, el 19 de Julio del mismo año, quedando al frente del Ministerio de la Guerra, como encargado del despacho, el Subsecretario General de Brigada don José González Salas.

* * *

El señor ingeniero Robles Domínguez había sido comisionado para licenciar, por segunda vez, las tropas revolucionarias que había en el Estado de Morelos, pues el primer licenciamiento, dirigido por el señor licenciado Vázquez Gómez, como Ministro de Gobernación, había dado malos resultados. Los revolucionarios, una vez que recibieron el dinero que les correspondía, en lugar de regresar a sus hogares, volvieron a organizarse y recogieron las armas que ya habían entregado. Con la mira de evitar que fueran nuevamente a rebelarse, se ordenó un segundo licenciamiento. Zapata, que había sido el jefe de la rebelión y continuaba al frente de las

fuerzas, presentó algunas dificultades al señor Robles Domínguez, y aún llegó a estar en la Capital de México, donde conferenció con el Ministro Vázquez Gómez y con el Presidente Interino. Se dijo entonces que había estado insolente con el Jefe de la Nación, y que el Inspector General de las Fuerzas Rurales, don Ambrosio Figueroa, pidió autorización para fusilarlo en la Plaza de Armas; pero que ello le fué negado.

Zapata regresó a Morelos con sus acompañantes, en los mismo automóviles que lo habían traído a la Capital. Al llegar, desconoció al Gobierno y obligó al representante del Ministerio de Gobernación a regresar violentamente a México.

El Gobierno organizó una columna que a las órdenes del General don Victoriano Huerta fuera a perseguir a los rebeldes; pero don Francisco I. Madero, bajo la presión de los señores Vázquez Gómez y demás revolucionarios, se presentó en el campo en calidad de mediador, y se dieron órdenes para que la columna suspendiera sus operaciones. De regreso el señor Madero, se dió nuevamente orden al General Huerta para que avanzara; pero "la Porra" entró en funciones e hizo una demostración popular que fué hasta el Alcázar de Chapultepec, a pedir al Presidente Interino la remoción del General Huerta, esto es, la impunidad para Zapata.

El señor de la Barra, que hasta entonces sólo había recibido aplausos de la muchedumbre, sintió por primera vez los sinsabores del Poder; pero no pudo imponer su autoridad: tuvo que oír los gritos destemplados de la plebe, a la que encabezaba don Jesús Urueta.

Nuevamente se dió orden al General Huerta para que suspendiera su avance y a los pocos días se le quitó el mando de la columna.

Don Bernardo Reyes, como dije antes, llegó a Veracruz, procedente de la Habana, en virtud del arreglo hecho con los maderistas, el día 4 de Junio. El señor Madero creía que, como lo aseguraba el General Reyes, tenía realmente un gran partido en la República y había hecho el compromiso de que he hablado más arriba temiendo que si había una reacción en su contra, unidos los elementos de la reacción porfirista con los partidarios del General Reyes fueran a quitarle en las elecciones que él quería fueran legales, el triunfo que acababa de obtener con los convenios de Ciudad Juárez, haciendo ineficaz el triunfo de la revolución. Cuando los anti-reyistas lograron impresionar al señor Madero, haciéndole ver que no eran tan numerosos como se suponían los partidarios del General Reyes; que poseionado éste del Ministerio de la Guerra iba a ser el verdadero árbitro de la situación, y sobre todo, que ante los ojos de la revolución se desprestigiaba con el pacto hecho, el señor Madero no pensó sino en buscar la manera decorosa de romper el compromiso.

Por su parte el General Reyes, cuando trató al hombre y pudo apreciar los hechos en el medio en que se desarrollaban, creyó que el ídolo se derrumbaría, y en su impaciencia, que era la característica de su temperamento, no quiso esperar a que el tiempo hiciera su obra y él la suya; en el Ministerio de la Guerra, sino que haciéndose ilusiones sobre su popularidad y el prestigio de su nombre, que él creía superiores a los del señor Madero, decidió tentar fortuna postulándose para la Presidencia de la República, contra lo pactado con el jefe de la revolución.

El señor Madero, a la primera insinuación del Gene-

ral Reyes, lo libertó del compromiso y el pacto hecho en México, en la primera decena de Junio, quedó roto en Tehuacán, en los primeros días de Agosto, por mutuo consentimiento y con verdadero regocijo por ambas partes.

En vista de las renunciaciones del General don Porfirio Díaz y de don Ramón Corral, la Cámara había convocado a elecciones extraordinarias de Presidente y Vicepresidente de la República. Las primarias se verificaron el primero de Octubre, y las secundarias el quince del mismo mes. El triunfo del señor Madero fué colosal; casi por unanimidad fué electo Presidente de la República (1). No sucedió lo mismo con la Vicepresidencia, elección que estuvo reñida, obteniendo sin embargo el triunfo, por mayoría absoluta de votos, el candidato del Partido Constitucional Progresista, don José María Pino Suárez.

La candidatura del General Reyes no tuvo eco en el País; pero había dado motivo para que "la porra" lo escarneciera y lo ultrajara: en las calles de la ciudad de México, el 4 de Septiembre, al verificarse una manifestación organizada por sus partidarios. Al presentarse el General Reyes (2) fué agredido al grado de tener que

(1)—La elección para Presidente y Vicepresidente, conforme a la ley vigente en aquella época, era indirecta, en segundo grado, esto es, los ciudadanos elegían, no al Presidente y al Vicepresidente, sino electores que debían reunirse en determinado día, y juntos, elegir al Presidente y al Vicepresidente. Conforme a la ley, cada circunscripción de quinientos habitantes debía designar un elector, y los electores de cada distrito eran los que hacían la elección. El señor Madero obtuvo diez y nueve mil y tantos votos de electores, que deben estimarse a razón de cien votos de ciudadanos en elección directa.

(2)—El General Reyes, acompañado de dos personas, se dirigió en su automóvil al lugar desde donde debía presenciar la

refugiarse en la fotografía que existe en la Avenida Juárez, frente a las obras del Teatro Nacional (3). El General Reyes resultaba víctima de sus propios procedimientos. Lo que con él hizo "la porra" en la Avenida Juárez el 4 de Septiembre de 1911, no era sino trasunto de lo que él había ordenado se hiciera en San Luis Potosí, en Septiembre de 1902, y muy débil reflejo de lo ocurrido en las calles de Monterrey el 2 de Abril de 1903.

El General Reyes juzgó que si transcurría bastante tiempo antes de que se verificaran las elecciones, su triunfo podría ser más fácil, pues el señor Madero con los procedimientos que empleaba y el Gobierno interino con sus complacencias, estaban preparando una reacción contraria a los revolucionarios y para ello comenzó a trabajar con los diputados para que suspendieran los efectos de la Convocatoria y las elecciones se pospusieran, dando como razón que no tenía suficiente tiempo para hacer los trabajos necesarios para su elección. (4) La Cámara rechazó tal idea, y entonces el General Reyes optó por lanzarse a la revolución armada. Comenzó por solicitar su patente de retiro del Ejército, y una vez

manifestación, pero al llegar a la esquina de la calle Nueva y Avenida Juárez, el automóvil no pudo seguir, porque los contramanifestantes lo impidieron. El General Reyes tuvo que dirigirse a pie por la Avenida Juárez, siendo insultado durante el trayecto por los individuos de "la porra", que le arrojaron cuanto proyectil encontraron a mano.

(3)—La misma donde se refugió el señor Madero, el 9 de Febrero de 1913.

(4)—Con tal objeto el General Reyes solicitó tener una entrevista conmigo, que celebramos el 21 de Agosto en la casa del señor Diputado don Antonio Maza. El señor Reyes pretendía que en unión de mis amigos apoyara yo en la Cámara el aplazamiento de las elecciones. Hablamos cerca de dos horas sobre el asunto,

obtenida, en la noche del 27 de Septiembre, disfrazado de enfermo, cargado en una silla, salió de la Capital y se embarcó al día siguiente en Veracruz, con dirección a los Estados Unidos, desde donde debía cruzar la frontera para ponerse al frente de la revolución que iba a acaudillar.

La Cámara de Diputados, en ejercicio de su facultad constitucional, declaró electos a los señores Francisco I. Madero y José María Pino Suárez, en la sesión del 2 de Noviembre de 1911, señalando para que prestaran la protesta, el día 6 del mismo mes.

El Presidente interino, como último acto de su gobierno, pidió a la Cámara ir personalmente para leer el informe que había redactado sobre los actos de su interinato. La Cámara, por deferencia al señor de la Barra, y no obstante no autorizarlo ningún precepto constitucional, otorgó el permiso y señaló el día 4 de Noviembre para que el Presidente leyera su informe. Fué el último acto oficial del señor de la Barra. En él trató de justificar sus debilidades con frases oratorias. Su gestión, como he dicho en el prólogo de esta obra, fué desastrosa para la Nación, porque permitió el derroche de los fon-

pretendiendo él convencerme y yo negándome a secundarlo en sus propósitos.

—Necesito esa bandera, me decía.

—Me es imposible ayudar a Ud., señor General.—le contesté.

—No lo juzgo patriótico.

Por fin, cuando yo estaba rendido, pues toda la conversación la tuvimos paseándonos en la sala del señor Maza, repentinamente se detuvo y me dijo.

—Doy por concluida nuestra entrevista. “No creo que esto sea motivo para que eternamente seamos enemigos políticos” y me tendió la mano.

—No señor, le repuse, estrechando la suya, en todo lo que yo crea que está el bien de la Patria, me encontrará usted a su lado, aunque no pactemos nada. No tengo ambiciones, ni compromisos con nadie.

dos públicos, consintió que los Ministros usurparan facultades que la ley sólo dá al Presidente de la República y toleró que se ajara la dignidad del Primer Magistrado, matando el prestigio que los anteriores Presidentes habían dado al puesto. Probablemente al señor de la Barra lo guiaban las mejores intenciones, pero como a los hombres políticos hay que juzgarlos por el resultado de sus gestiones, la historia tiene que ser muy severa con el señor de la Barra.

Ni los Ministros ni los Gobernadores respetaban las órdenes del Presidente. Las Cámaras, fieles a la tradición que tenían, fueron las únicas que le guardaron los miramientos que como Jefe de la Nación merecía. Pero cuando quiso imitar los procedimientos del General Díaz, imponiendo una Mesa Directiva, las Cámaras no oyeron sus insinuaciones, y el triunfo fué para los reyistas, no porque el partido del General Reyes tuviera mayoría en el parlamento, sino porque de ese modo significaban claramente, al Presidente Interino, y también al señor Madero, que estaban resueltas a guardar una absoluta independencia.

Al dejar la Presidencia de la República don Porfirio Díaz, todos los Gobernadores de los Estados presentaron sus renunciaciones o solicitaron licencias indefinidas para separarse de sus puestos, y ocuparon los gobiernos hombres de la revolución o personas que hasta esa época habían permanecido aisladas en el movimiento político.

Los Gobernadores provisionales fueron: los señores Alberto Fuentes D., de Aguascalientes; Urbano Espinosa, de Campeche; Venustiano Carranza, de Coahuila; Miguel García Topete, de Colima; Reynaldo Gordillo León, de Chiapas; Abraham González, de Chihuahua; Luis Alfonso Trejo, de Durango; Juan B. Castelazo, de Guana-

juato; Francisco Figueroa, de Guerrero; Jesús Silva, de Hidalgo; David Gutiérrez Allende, de Jalisco; Rafael M. Hidalgo, de México; Miguel Silva, de Michoacán; Juan N. Carrión, de Morelos; Leobardo Chapa, de Nuevo León; Heliodoro Díaz Quintas, de Oaxaca; Rafael P. Cañete, de Puebla; José Antonio Septién, de Querétaro; Rafael Cepeda, de San Luis Potosí; Celso Gaxiola Rojo, de Sinaloa; Carlos E. Randall, de Sonora; Manuel Mestre Ghigliaza, de Tabasco; Espiridión Lara, de Tamaulipas; León Aillaud, de Veracruz; José María Pino Suárez, de Yucatán; y Guadalupe González, de Zacatecas.

La mayor parte de estos hombres eran ineptos para las funciones que se les encomendaron, y con raras excepciones, los identificados con la revolución, comenzaron a trabajar inmediatamente para ser electos Gobernadores Constitucionales.

Un Gobierno que tenía sobre sí la tarea de encauzar aquel movimiento que trastornaba tan radicalmente el sistema político de la Nación, y que tenía que trabajar con Gobernadores como los que habían sido puestos al frente de los Estados, necesitaba un hombre de gran talla, profundo conocedor del medio y de los hombres, perfectamente empapado de la política del País, y estar rodeado de Ministros que tuvieran también grandes tamaños. Era también indispensable que el Jefe de la Nación y sus colaboradores, fueran hombres de grandes energías para impedir que el zéfiro democrático se convirtiera en tempestad anárquica.

El señor de la Barra había estado ausente del País muchos años, nunca había estado mezclado en los asuntos políticos, pues apenas había sido al comienzo de su carrera, Diputado al Congreso de la Unión, durante un período de dos años. Después, había salido en misión

diplomática para Sud-América y Europa, de donde había poco tiempo se le había enviado a Washington. Conocía a la mayor parte de los hombres que figuraban, por referencias, y aunque había tratado a algunos, ese trato había sido superficial. Su obra en tales condiciones, tenía que ser deficiente; pero además, hombre bondadoso, de exquisito trato social, débil por temperamento y vanidoso por educación, era imposible que se enfrentara con una situación que requería energías como las de Juárez, don Justo Benítez o don Protasio Tagle.

Al triunfo de la revolución de Tuxtepec, el General Díaz estuvo rodeado de hombres de gran capacidad, que conocían perfectamente la situación, estaban familiarizados con los hombres y las cosas públicas, y sin embargo, necesitó desarrollar grandes energías para contener la avalancha que amenazaba destruir toda la obra revolucionaria.

El señor de la Barra, justo es decirlo, no contaba con colaboradores. Había aceptado los Ministros que se le impusieron, y el único que tenía inteligencia y práctica en los asuntos, y que conocía bien a todos los hombres, era el señor Calero; pero el Ministro de Fomento estaba tildado de deslealtad, y todos lo veían con desconfianza. Los revolucionarios no lo estimaban, y en el campo de los antiguos porfiristas estaba peor. Los demás Ministros, o eran completamente novicios en la política, como el General Rascón, don Ernesto Madero y don Manuel Bonilla y aún el mismo don Rafael Hernández; o eran ambiciosos que tenían como principal objetivo su medro personal, sin cuidarse para nada de la Nación, ni del Presidente de la República. A la falta de conocimientos en la política y a la ignorancia del medio y de los hombres, que tenían buena parte de los Ministros del

señor de la Barra, se unían tres elementos de perturbación, que hicieron perder toda brújula a aquel Gobierno: el reyismo, el vazquismo y "la porra." (1)

El reyismo, con sus eternas intrigas, queriendo reunir en torno de su caudillo a todos los elementos que habían estado al lado del General Díaz, esto es, iniciando una restauración, pero por cuenta propia; el vazquismo, pretendiendo que su jefe, considerado como el cerebro de la revolución, fuera el verdadero aprovechado en el triunfo obtenido; y la porra, que encabezaban los amigos de don Gustavo Madero, queriendo ser el verdadero gobierno, ya que por la naturaleza de las cosas, al concluir el período de don Francisco I. Madero, se juzgaba que debía heredar la situación su hermano don Gustavo.

Estos elementos perturbadores no dejaron un momento de reposo al Presidente interino, que no quería entregarse a ninguno de ellos, que no quería que ninguno predominara; pero falto de energía para imponerse a todos ellos, a todos se entregaba y todos lo dominaban, vacilando siempre en el camino que debía seguir; sin autoridad real.

Los amigos personales del señor de la Barra, acabaron por hacerle la situación más difícil, porque comen-

(1)—En esa época, el felicismo, esto es un partido político que se apoyara en don Félix Díaz y lo aceptara como jefe, no existía. Había un grupo de amigos personales que dirigían a él sus miradas, desde que el General Díaz comenzó a distinguirlo, creyendo que el sobrino podría heredar la sucesión que algún día dejaría el tío, y así, no perder ellos las prebendas de que gozaban.

Don Teodoro A. Dehesa, después de fracasada la candidatura presidencial de don Joaquín Baranda, había pensado en llegar al Poder por conducto de los sobrinos del General Díaz, y había trabajado por formar un grupo político que sostuviera la candi-

zaron a soplar en su oído la idea de que debía quedarse con el puesto que la casualidad había colocado en sus manos. El señor de la Barra, también es justo decirlo, no dió entrada a tales insinuaciones, por más que le halagaran. Creyó que podría ser un Presidente Constitucional cuatro años más tarde, si entregaba lisa y llanamente el poder al hacerse las elecciones, y se negó terminantemente a escuchar toda idea que tendiera a burlar al señor Madero la Presidencia de la República; pero en su carácter vacilante, admitió un término medio. Se dejó postular para la Vicepresidencia, y esta debilidad para con sus amigos, hizo que desconfiaran de él, don Francisco I. Madero, el doctor Vázquez Gómez, los reyistas, la porra y todos los políticos.

La actitud del señor de la Barra, al consentir en que se le postulara para la Vicepresidencia, tuvo consecuencias más graves, porque no sólo hizo nacer la desconfianza entre los elementos revolucionarios, que les sirvió de admirable pretexto para armarse nuevamente, sino que formó al gobierno del señor Madero una oposición antes de que comenzara a gobernar. Los partidarios del señor de la Barra, al ser derrotados en las elecciones, comenzaron a gritar que se habían cometido fraudes en los comicios y que habían sido derrotados por medios ilícitos.

—
datura de don Félix Díaz para la Vicepresidencia; pero el hombre valía tan poco, que el señor Dehesa tuvo que prescindir de sus trabajos, ante el fracaso inevitable que le esperaba, y que, hombre inteligente, pudo prever.

Su obra la había dirigido el señor Dehesa principalmente hacia el elemento militar y especialmente había querido interesar a la Asociación del Colegio Militar, a la que pertenecía don Félix Díaz y cuya organización parecía bastante fuerte. Estos trabajos fueron los que aprovechó la reacción porfirista para el cuartelazo de Veracruz, cuando creyeron que los errores del Gobierno maderista, tenían el terreno propicio para intentarla.

Esto es, hacían eco a las protestas del doctor Vázquez Gómez y a las imprecaciones de los reyistas, amparando unas y otras con el prestigio del Jefe de la Nación. El germen revolucionario, se formaba antes de que el señor Madero se encargara del poder.

La debilidad del señor de la Barra fué superior a la del señor Madero; éste, en muchas ocasiones, caprichosamente, si se quiere, pero imponía su voluntad, que era siempre sana. El señor de la Barra, sólo tuvo un rasgo de energía, confesar su debilidad ante la Nación el día 4 de Noviembre cuando fué a informar ante la Cámara sobre su gestión administrativa.

* * *

El día 6 de Noviembre de 1911, escoltado por Pascual Orozco y otros jefes revolucionarios, llegó el señor Madero a la Cámara de Diputados, y prestó la protesta como Presidente Constitucional de la República. En acto tan solemne, no pudo dominar sus nervios, y sin hacer caso del Presidente del Congreso, sin fijarse en los términos en que conforme a la ley debe verificarse acto tan trascendental, dijo él mismo las palabras que según la fórmula de la Constitución debía pronunciar el señor Levy, que presidía la Asamblea. El señor Madero regresó al Palacio Nacional en medio de los vítores y aplausos de la muchedumbre. La demostración, sin embargo, no tuvo ya la espontaneidad ni el entusiasmo que se habían visto el 7 de Junio del mismo año, cuando el señor Madero hizo su entrada en la Capital de la República.

Pascual Orozco, a quien había formado una leyenda de audacia y de valor la prensa, especialmente la americana, en cambio, fué frenéticamente aplaudido por to-

das partes, eclipsando ese día la popularidad del señor Madero.

En el Palacio Nacional, el señor de la Barra esperaba al señor Madero, y le hizo entrega de la Presidencia de la República, cambiándose frases cordialísimas, no obstante que ya en el fondo separaba a los dos un abismo.

El doctor Vázquez Gómez desde su Consultorio, medía a los dos Presidentes, al entrante y al saliente, con una sonrisa que al mismo tiempo podía ser de desdén y de ira. Su mente acariciaba ya la idea del triunfo de una revuelta que debía darle el puesto que merecía, a él, a quien los dos presidentes parecían menospreciar, sin haber llegado a comprender que el que había sido el cerebro de la Revolución, era el único que tenía derecho a reconstruir el cetro de Porfirio Díaz, hecho pedazos en Ciudad Juárez por la revolución maderista. Las fraguas revolucionarias que Zapata tenía encendidas en Morelos, podían forjarlo, a ellas dirigió su aliento, en ellas fundó sus esperanzas.

